

garon simplemente por esa candidatura.

En la mañana del dieciocho, la publicación del manifiesto del Presidente Interino de la República (que no pudo llegar á nuestro conocimiento la vispera) vino á privar de gran parte de su fuerza y prestigio á los que sostenían la candidatura del Señor de la Barra y á infundir vigor y esperanza á los mantenedores de la candidatura Madero. Juzgaron los primeros que una necesidad imperiosa determinaba esa publicación en momento inoportuno para la candidatura y tal vez muy oportuno para la tranquilidad y el bien del país; y con el ánimo de cooperar á los altos móviles del Señor de la Barra y de que fuera evidenciada la sumisión—nada entusiasta de los católicos—á lo que las circunstancias requerían, propusieron y sostuvieron, en la sesión plenaria de la Asamblea, la abstención del Partido—como colectividad—en las próximas elecciones presidenciales. Por votación de dos terceras partes de los sufragios, obtuvieron el fin propuesto.

Pero, había otras dos tendencias que no quedaron satisfechas y que, en la sesión de la tarde, presentaron esta tesis: Adherirse á una candidatura propuesta, dado que los ciudadanos tienen el deber de votar y que, á falta de dirección que guíara á los católicos y de propósito común que los uniera, sería cierta la desmembración del Partido y la acumulación de sus elementos á uno ú otro de los bandos que aspiran al poder. A la natural repugnancia que sentía una parte de la Asamblea para deshacer, por modo indirecto, la obra de la mañana, opusieron los tutores y mantenedores de la proposición estos razonamientos: Hay diferencia entre postular y adherirse á una candidatura. Lo primero obliga á procurar el triunfo de ella por todos los medios lícitos; lo segundo solo obliga á emitir el voto por el candidato que—sin satisfacer sus aspiraciones generales—tenga

menos deficiencias. Varias delegaciones representaban adherentes que anhelan el triunfo de candidatura determinada y estaban constreñidos á procurar que el Partido opte por una, ya que no puede tenerla propia.

Por tales motivos quedó acordado que el Partido Católico Nacional se adhiriera á una de las candidaturas propuestas.

Al elegir la persona, no han seguido los delegados sus propias inspiraciones y así lo manifestaron. Algunos tenían instrucciones expresas otros conocían cual es la opinión de sus comitentes, y todos, dando prueba valiosa de civismo, emitieron el voto en el sentido en que sus representados lo deseaban, aunque la mayoría de ellos prefería diverso candidato.

Así resultaron 33,000 votos por el Señor Madero; 31,000 por el Señor de la Barra; 1,000 por el General Reyes; y 3,000 en blanco. A cada una de esas cifras hay que agregar las centenas, decenas y unidades que no retenemos en la memoria.

Esos fueron los motivos y los resultados de la Convención: los que están fuera del alcance del hombre determinaron ese acto, que no es extraño, porque la mayor necesidad actual es el orden y, para hacerlo reinar, necesita el Gobierno, como dijo el Presidente Interino Señor de la Barra, disfrutar de la mayor confianza de los Ciudadanos y estar exento de la más ramota sospecha de interés personal en sus acciones. La Convención del Partido Católico Nacional, que por un conjunto de circunstancias adversas, no pudo proponer Candidato propio; que, por razones de civismo, tuvo que adherirse á una candidatura extranjera, habrá ó no robustecido la del Señor Madero, pero si ha dejado expedita la acción gubernamental y libre de cualquier imputación de parcialidad. Y eso, no obstante la proclamación de la candidatura del Señor de la Barra para la Vicepresidencia, porque el tiempo demos-

trará que solo tiene la significación de un voto de adhesión y respeto á quien merece un tributo de agradecimiento por parte de sus conciudadanos.—*J. M. Villela.*—*José Villela.*—*A. Martínez Anaya.*

## Malditas sean las Armas Extranjeras.

He aquí una expresión hermosísima á pesar del rudo anatema que contiene; se debe al insigne literato Don Pedro Antonio de Alarcón, en su leyenda «El Carbonero Alcalde», y en ella refiere el terrible escatamiento que los Roteños, sin otras armas que su patriotismo, infligieron á las poderosas huestes de Napoleón.

Hoy, al pensar en las posibilidades remotas ó próximas de una intervención extraña en nuestro país, aquel sublime arranque resuena en nuestro corazón; llega á nuestros labios y nuestro patriotismo lo hace propio, enorgulleciéndose y ennoblecándose con poder decir á su vez. ¡Malditas sean las armas extranjeras!

Y si el patriotismo la acepta y el patriotismo la formuló, ha de ser la expresión de lo justo y el enunciado de lo grande, porque es justo y grande el patriotismo, ese bendito amor á la patria, que nos hace inmolar nuestras vidas en sus aras.

Este arranque supone la presencia del extranjero en el país que así prorrumpe, y esa presencia, siempre odiosa y odiable, no es otra cosa que la intervención. ¿Es, pues, esta injusta para que así irrite los ánimos y á tal punto encienda los corazones de los intervenidos? Tal es nuestro parecer. La intervención, bajo cualquier aspecto que se considere, siempre será la manifestación del egoísmo de una nación fuerte respecto de la que juzga débil; el derecho que siempre está del lado del poderoso y en contra del dé-